

**Sumario:**

*La espiritualidad cristiana hunde sus raíces en la vida Trinitaria. Las dos deben estar conectadas íntimamente para que el dinamismo interno de la Trinidad se manifieste en una espiritualidad que se hace significativa por un estilo de vida nueva, que se comprueba por los hechos, por el obrar en espíritu y verdad.*

Dimensiones de una  
Espiritualidad  
trinitaria que  
responda al mundo  
de hoy

Padre Hermann Rodríguez Osorio, SJ.

*Doctor en Teología.*

*Pontificia Universidad Comillas, España.*

*Licenciado en Filosofía, Pontificia Universidad Javeriana.*

*Maestría en Psicología Comunitaria,*

*Pontificia Universidad Javeriana.*

*Licenciado en Teología,*

*Pontificia Universidad Comillas, España.*

*Director del CIRE.*

*Tel.: 640 5011 / Bogotá - Colombia*

*Padre eterno, confirmame.  
Hijo eterno, confirmame.  
Espíritu Santo eterno, confirmame.  
Santa Trinidad, confirmame.  
Un solo Dios mío, confirmame.*

IGNACIO DE LOYOLA, *Diario Espiritual*, 48

## Introducción

**H**ace algunos días una religiosa en formación me preguntó, sin muchos preámbulos, cuáles podrían ser las dimensiones fundamentales de una espiritualidad que pudiera responder a la realidad latinoamericana. Una pregunta aparentemente sencilla pero, al mismo tiempo, llena de una gran profundidad. Le respondí rápidamente y sin pensar mucho para que pudiera hacer su tarea: «Una espiritualidad que quiera responder a nuestra realidad tiene que tener los *ojos bien abiertos ante la vida, para contemplar a Dios creador en medio de nuestra historia conflictiva*, debe recurrir siempre a la *luz que ofrece la Palabra de Dios para discernir sus caminos* y nos debe lanzar a la *construcción de la comunidad cristiana en todos sus niveles*». Pero la pregunta siguió dándome vueltas y he querido desarrollar la respuesta a través de este artículo.

Las tres dimensiones que aparecieron en esta primera respuesta espontánea, están muy conectadas entre sí y constituyen una unidad dinámica que considero muy cercana a la vida misma de Dios uno y trino. Una espiritualidad no es otra cosa que una *dinámica* vital que nos pone en sintonía con Dios y nos hace obrar según el Espíritu de Dios. Por tanto, no es algo *gaseoso, abstracto, elevado, desencarnado*. Una espiritualidad es un estilo de vida que se puede ver y comprobar en obras muy concretas.



Para hablar del Dios trinitario de los cristianos, tenemos que partir de la base de que todo intento humano por acercarse a la realidad misma de Dios responde a los esquemas humanos del conocimiento y, por tanto, serán imágenes o metáforas que nos acerquen a la verdad pero que, al mismo tiempo, nos ocultan una realidad siempre mayor. Sólo podemos referirnos a Dios a través de un lenguaje fragmentario<sup>1</sup>.

La vida intradivina ha sido representada muchas veces desde un modelo interpersonal en el que el Espíritu Santo aparece como el «co-amado» (*codilectus*); sin embargo, esta analogía tiene su límite en la medida en que el ser-de-unos-con-otros, en los seres humanos se experimenta como complementación necesaria, mientras que en la Trinidad tiene que contemplarse como perfecta compenetración (*pericóresis*), como insuperable simultaneidad del ser-sí-mismo y del ser-en-el-otro<sup>2</sup>.

Teniendo en cuenta esta limitante, pero manteniéndonos en este nivel de analogía, no resulta difícil entender la acción propia del Espíritu Santo como la que hace posible el salir de sí (*éx-tasis*) y el permanecer unido. El Espíritu Santo haría posible el que el Padre y el Hijo se comunicaran y se abrieran, no sólo en el seno de la comunidad divina, sino frente al hombre, al mundo y al tiempo<sup>3</sup>. Dios, uno y trino, comunidad de amor, vive el misterio de la interacción entre las personas que se necesitan en su diferencia y que no se anulan en una uniformidad ni en una individualidad estéril. San Agustín quiso expresar esta función del Espíritu Santo dentro de la comunidad divina como el Amor. Hablando de la Trinidad, afirma: “Aquí tenemos tres cosas: el Amante, el Amado y el Amor<sup>4</sup>”; un Padre Amante, un Hijo Amado y el vínculo que mantiene unidos a los dos, el Espíritu Amor.

1. Cfr. BERND JOCHEN HILBERATH, *Pneumatología*, en T. Schneider (Dir.), Manual de Teología Dogmática (Biblioteca Herder 199), Barcelona, 1996, 599.
2. Cfr. BERND JOCHEN HILBERATH, *Pneumatología*, Barcelona, Herder, 1996, 201-202.
3. Cfr. JÜRGEN MOLTSMANN, *La Iglesia, Fuerza del Espíritu* (Verdad e Imagen 51), Salamanca, Sígueme, 1978, 79.
4. Citado en BRUNO FORTE, *La Iglesia de la Trinidad*, Salamanca, Secretariado Trinitario, 1996, 36. La cita corresponde a SAN AGUSTÍN, *De Trinitate* 8,8,12 y 8,10,14: PL 42, 958 y 860; *Obras V*, BAC, Madrid, 1948, 529 y 535. También se hace referencia a este pasaje de san Agustín en BERND JOCHEN HILBERATH, *Pneumatología*, en T. Schneider (Dir.), Manual de Teología Dogmática (Biblioteca Herder 199), Barcelona, 1996, 569.



La misión del Espíritu, como también la misión del Hijo, consiste en la glorificación de Dios y la liberación del mundo. Dios es glorificado en la liberación y redención de la creación entera; no quiere ser glorificado sin que su creación y la humanidad sea liberada al mismo tiempo<sup>5</sup>. De manera que esta participación en la vida de Dios a la que hemos hecho referencia y el proceso de comunión que ésta supone, es la función específica del Espíritu: «La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros» (2 Corintios 13,13). Estas palabras de Pablo que reflejan probablemente el culto de la Iglesia primitiva, ponen de manifiesto la relación estrecha que existe entre el amor del Padre, la comunión (*koinonía*) realizada por el Espíritu Santo y la gracia recibida en Jesucristo.

Partiendo de esta primera comprensión del misterio trinitario, vamos a desarrollar cada una de las tres dimensiones que entran en relación en una espiritualidad trinitaria. La participación del cristiano en la vida de Dios, que es lo que llamamos *espiritualidad*, hace que la persona entre en la dinámica vital propia de la Trinidad. La dinámica que se crea constantemente entre el Padre creador que se revela en la historia; el Hijo de Dios encarnado en la persona de Jesús, Palabra definitiva de Dios sobre el hombre; y el Espíritu Santo que sigue actuando en medio de los hombres y mujeres para impulsarlos a construir una comunidad de amor.

### **Primera Dimensión: Mirar la Vida: El Padre**

No hay que pensar el aire  
para que se filtre  
al último rincón de los pulmones,  
ni hay que imaginar la aurora  
para que decore el nuevo día  
jugando con los colores y las sombras.

250

5. Cfr. JÜRGEN MOLTMANN, *La Iglesia, Fuerza del Espíritu* (Verdad e Imagen 51), Salamanca, Sígueme, 1978, 79.



No hay que dar órdenes  
al corazón tan fiel,  
ni a las células sin nombre,  
para que luchen por la vida  
hasta el último aliento.

No hay que amenazar  
a los pájaros para que canten,  
ni vigilar los trigales  
para que crezcan,  
ni espiar a semilla de arroz  
para que se transforme  
en el secreto de la tierra.

En su dosis exacta  
de luz y de color,  
de canto y de silencio,  
nos llega la vida sin notarlo,  
don incesantemente tuyo,  
trabajador sin sábado,  
Dios discreto.  
Para que tu infinitud  
no nos espante  
te regalas en el don<sup>6</sup>  
en que te escondes.

## A. Los dos libros de Dios

San Agustín, decía que Dios ha escrito dos libros; el primero y más importante es el libro de la vida, el libro de la historia que comenzó a escribir en los orígenes de los tiempos y que sigue escribiendo hoy con cada uno de nosotros; Dios no ha terminado su obra creadora, sino que sigue escribiendo este gran libro; pero los hombres y las mujeres fuimos incapaces de leer en este libro los designios de Dios, de manera que escribió un segundo libro, sacado del primero,

6. BENJAMÍN GONZÁLEZ BUELTA, *En el aliento de Dios*, Santander, Sal Terrae, 1995, 31.



que sirve como sirven unas gafas; este segundo libro es la Biblia; pero la primera Revelación está en la Historia, en la vida, en los acontecimientos de cada día: tanto en la vida personal, como grupal, comunitaria, social, política, etc...

Esta es la razón por la que la primera dimensión de una espiritualidad hoy es mirar la vida. Allí nos encontramos con lo que Dios quiere de nosotros; allí podemos descubrir lo que Dios está tratando de construir. Se trata de percibir la música de Dios, para cantar a su ritmo, para bailar a su ritmo, para dejarnos invadir por su fuerza creadora. Es como entrar a un río y percibir hacia dónde va la corriente y dejarnos llevar por ella; lo que normalmente hacemos es nadar contra corriente y luchar por no dejarnos llevar por Dios. Esto sería el pecado. La cometa humana, que percibe hacia dónde va el viento y se deja llevar por él, para poder volar... De lo contrario, nos vendremos abajo.

No tenemos que consultar como los griegos el oráculo de los dioses, o como los asirios, las estrellas (astrología), o mirar la mano, o el cigarrillo, etc. Para consultar lo que Dios quiere en nuestra vida personal, comunitaria y social, sólo tenemos que abrir los ojos y mirar... No negar la realidad, no traicionarla ni mentirnos acerca de ella. No ser como el avestruz que piensa que porque deja de mirar la realidad, metiendo la cabeza entre la arena, va a desaparecer el cazador. En este sentido, resulta iluminador el cuento que trae Anthony de Mello en *El Canto del Pájaro*:

«Usted perdone», le dijo un pez a otro, «es usted más viejo y con más experiencia que yo y probablemente podrá usted ayudarme. Dígame: ¿dónde puedo encontrar eso que llaman Océano? He estado buscándolo por todas partes, sin resultado».

«El Océano», respondió el viejo pez, «es donde estás ahora mismo». «¿Esto? Pero si esto no es más que agua... Lo que yo busco es el Océano», replicó el joven pez, totalmente decepcionado, mientras se marchaba nadando a buscar en otra parte (...).

Deja de buscar, pequeño pez. No hay nada que buscar. Sólo tienes que estar tranquilo, abrir tus ojos y *mirar*. No puedes dejar de verlo<sup>7</sup>.

7. ANTHONY DE MELLO, *El Canto del Pájaro*, Santander, Sal Terrae, 1982, 26-27.



Vamos por la vida buscando a Dios, buscando su voluntad; pero vamos tan ocupados en buscar que no somos capaces de mirar y de reconocer lo que es evidente a nuestros ojos: su presencia amorosa, su voluntad, su palabra. Tenemos que liberar nuestra mirada que está cautiva en medio de tantas impresiones que nos ciegan. Tenemos que aprender a *estar tranquilos, abrir bien los ojos, y mirar*. Mirar nuestra vida, en todas sus dimensiones y en todos los niveles de nuestras relaciones.

No se trata, pues, de difíciles jeroglíficos y adivinanzas; es sencilla; pero a veces las cosas son tan sencillas, que no las vemos; son tan simples, y tan cotidianas, que no les prestamos atención; por eso es fundamental tener ojos limpios y mirar sin miedo la realidad; ya decía Jesús:

«En aquel momento, se llenó de gozo Jesús en el Espíritu Santo, y dijo: «Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; y quién es el Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar». Volviéndose a los discípulos, les dijo aparte: «Dichosos los ojos que ven lo que veis! Porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron, y oír lo que vosotros oís, pero no lo oyeron» (Lc. 10,21-22).

Jesús mira la vida; una lista de las cosas de las que habla Jesús en el Evangelio, nos puede dar una pista de lo que hay que mirar en nuestra propia vida; Jesús aprendió lo que aprendió sobre el Reino de Dios, mirando su vida y la vida de su pueblo; sólo tomando el Evangelio de Mateo, podemos llegar a una lista como la siguiente; Jesús habla de:

pan, sal, luz, lámparas, cajones, polillas, ladrones, aves, graneros, flores, hierba, paja, vigas, troncos, perros, perlas, cerdos, piedras, culebras, pescados, puertas, caminos, ovejas, uvas, espinos, higos, cardos, fuego, casas, rocas, arena, lluvia, ríos, vientos, zorras, madrigueras, aves, nidos, médicos, enfermos, bodas, vestidos, telas, remiendos, vino, cueros, odres, cosechas, trabajadores, oro, plata, cobre, bolsa, ropa, sandalias, bastones, polvo, pies, lobos, serpientes, palomas, azoteas, pajarillos, monedas, cabellos, árboles, frutos,



víboras, sembrador, semilla, sol, raíz, granos, oídos, cizaña, trigo, granero, mostaza, huerto, plantas, ramas, levadura, harina, masa, tesoros, comerciantes, redes, mar, playas, canastas, hornos, boca, planta, raíz, ciegos, hoyos, vientre, cielo, niños, piedra de molino, mano, pie, manco, cojos, reyes, funcionarios, esclavos, cárceles, camellos, agujas, viñedos, cercos, torres, lagar, terreno, labradores, fiestas, invitados, criados, reses, menta, anís, comino, mosquito, vasos, platos copas, sepulcros, gallinas, pollitos, higueras, vírgenes, aceite, dinero, banco, pastor, cabras...

En estos elementos tan sencillos, descubrió Jesús lo que Dios le pedía y lo que Dios quería hacer con él y con toda la humanidad. Esta actitud de Jesús ante la vida aparece de una manera sorprendente en el texto nos habla de la manera como Jesús contemplaba a la gente que daba limosnas en el templo de Jerusalén:

«Jesús se sentó frente al arca del Tesoro y miraba cómo echaba la gente monedas en el arca del Tesoro: muchos ricos echaban mucho. Llegó también una viuda pobre y echó dos moneditas, o sea, una cuarta parte del as. Entonces, llamando a sus discípulos, les dijo: «Os digo de verdad que esta viuda pobre ha echado más que todos los que echan en el arca del Tesoro. Pues todos han echado de los que les sobraba, ésta, en cambio, ha echado de lo que necesitaba todo cuanto poseía, todo lo que tenía para vivir» (Mc. 12,41-44).

Nos puede servir también la imagen de la *estereomanía*; esos dibujos que al mirarlos de una determinada manera, permiten descubrir imágenes que no se ven en un primer momento o se ven las imágenes en tercera dimensión. No se trata de ver cosas distintas, nuevas, sino de mirar lo mismo, pero con unos ojos nuevos:

«Pero Yahveh dijo a Samuel: «No mires su apariencia ni su gran estatura, pues yo le he descartado. La mirada de Dios no es como la mirada del hombre, pues el hombre mira las apariencias, pero Yahveh mira el corazón» (1 Sam. 16, 7).

Esta manera de mirar es lo que caracteriza a los profetas; una mirada que no es propiamente la del turista, como queda claro en el poema de Benjamín González Buelta, jesuita leonés que vive hace muchos años en la República Dominicana:



«Ay de aquellos

- que saborean el dulce del azúcar en platos refinados, pero no tienen paladar para la amargura del haitiano que corta la caña;
- que miran la belleza de las fachadas de los grandes edificios, pero no oyen en las piedras el grito de los obreros mal pagados;
- que pasean en carros de lujo por las nuevas avenidas, pero no tienen memoria para las familias desalojadas como escombros;
- que exhiben ropa elegante en cuerpos bien cuidados, pero no se preocupan de las manos que cosechan el algodón...  
porque dejan resbalar sobre la vida su mirada de turistas y no contemplan detrás de las fachadas con ojos de profeta!

¡Ay de aquellos

- que sólo ven en el pobre una mano que mendiga y no una dignidad indestructible que busca justicia;
- que sólo ven en los numerosos niños marginados una plaga y no una esperanza para todos que hay que cultivar;
- que sólo escuchan en los gritos de los pobres caos y peligros y no oyen la protesta de Dios contra los fuertes;
- que sólo contemplan lo bello, lo sano y poderoso y no esperan la salvación de lo más bajo y humillado...  
porque no podrán contemplar la salvación que brota en el Jesús encarnado desde abajo!<sup>8</sup>.

## B. ¿Cómo Mirar la Vida?

### 1. *Mirada de acogida:*

Hay que mantener una actitud fundamental de acogida de la vida; vamos a aprender de ella; no podemos negarla ni tajarla; es fundamental tratar de ver todos los aspectos que influyen en ella; descubrir sus causas, las consecuencias de determinados acontecimientos. Por negativo que parezca en un momento dado un acontecimiento, no por eso debemos negarlo. La vida nos ofrece datos importantes que tenemos que interpretar. Los datos de la realidad por sí mismos no nos dan todo el mensaje; tenemos que interpretarlos con los ojos de Dios. Un ejemplo de ello puede ser un cuento que oí una vez:

8. BENJAMÍN GONZÁLEZ BUELTA, *La Transparencia del Barro*, Santander, Sal Terrae, 1989, 36-37.

Había una vez un sacerdote que estaba preparando una homilía para sus parroquianos; estaba escribiendo sobre la Divina Providencia; quería explicarle a su comunidad que Dios siempre provee lo que necesitamos para salvarnos. Y mientras el sacerdote escribía, sentado junto a una ventana en un segundo piso, oyó una gran explosión y comenzó a ver que la gente corría en dirección contraria a la represa que estaba un poco más alta a las afueras de la ciudad. Preguntó a alguien que pasaba lo que había ocurrido y le dijeron: «Padre, corra, porque la represa acaba de ceder y el agua va a inundar el pueblo en pocos minutos!» El sacerdote se quedó mirando su escrito y se dijo a sí mismo: «Si estoy escribiendo sobre la Divina Providencia, no está bien que yo salga corriendo ante la primera dificultad; esperaré con fe a que el Señor me salve de esta» Unos minutos más tarde el caudal de agua anegaba completamente el primer piso de su casa y ya no se veía gente corriendo. Apareció entonces una pequeña embarcación que venía recogiendo gente en las casas; se acercaron a la casa del cura y le gritaron: «Padre, súbase que el pueblo se va a inundar totalmente!» El cura se negó a subir y a desconfiar de su Dios. El agua seguía subiendo y cuando alcanzó el segundo piso, llegó otra embarcación con los últimos rezagados y le volvieron a ofrecer al padre un puesto para escapar; sin embargo el padrecito, lleno de fe se negó de nuevo. Ya cuando le tocó subirse al tejado de su casa, llegó una embarcación de la Defensa Civil que le conminó a subirse para que salvara su vida. El sacerdote, lleno de fe y esperanza en Dios, se negó rotundamente; como había otras personas atrapadas en otros tejados, los socorristas siguieron recogiendo personas. Por fin el agua cubrió totalmente la casa y el sacerdote, que no sabía nadar, se ahogó.

Cuando el padrecito llegó al cielo, pidió inmediatamente una cita con Dios Padre para que le explicara por qué le había dejado morir ahogado, cuando su fe era inmovible; Dios Padre sonrió con un gesto cariñoso y le dijo: «Pero, hijo, cómo me recriminas esto! Te mandé tres embarcaciones para salvarte y no quisiste subirme a ninguna de las tres»<sup>9</sup>.

9. Tomado con algunas variaciones de ANTHONY DE MELLO, *La Oración de la Rana 1*, Santander, Sal Terrae, 121994, 129-130.



Así nos pasa a veces; estamos tan obsesionados con nuestra propia manera de entender la realidad y la vida, que negamos la misma realidad que se nos ofrece. Las ideas preconcebidas de la realidad nos enceguecen; las cosas no son como deberían ser o como nosotros pensamos que deberían ser, sino como realmente son.

## 2. **Mirada de fe:**

Muy conectada con la anterior actitud, está la actitud de fe; para los cristianos, Dios se nos revela en la vida misma; es Dios el que va construyendo el mundo, lo va creando y lo quiere salvar. Sin embargo, esto no se descubre de una manera automática o directa. Necesitamos mirar el mundo con ojos de fe; esto es a veces mirar el mundo no como respuestas, sino como preguntas.

Ante la vida siempre cabe preguntarse qué me pide Dios con esto; no tanto sentir la vida como una respuesta de Dios a un comportamiento o a un determinado estilo de vida. La pregunta clave es qué me pide Dios con este acontecimiento concreto de mi vida personal, de la vida comunitaria, del mundo, etc. Sirva de ejemplo la fábula del zorro mutilado, del místico árabe Sa'di, que trae Anthony de Mello, en *El Canto del Pájaro*:

«Un hombre que paseaba por el bosque vio un zorro que había perdido sus patas, por lo que el hombre se preguntaba cómo podría sobrevivir. Entonces vio llegar a un tigre que llevaba una presa en su boca. El tigre ya se había hartado y dejó el resto de la carne para el zorro.

Al día siguiente Dios volvió a alimentar al zorro por medio del mismo tigre. El comenzó a maravillarse de la inmensa bondad de Dios y se dijo a sí mismo: «Voy a quedarme en un rincón, confiando plenamente en el Señor, y éste me dará cuanto necesito».

Así lo hizo durante muchos días; pero no sucedía nada y el pobre hombre estaba casi a las puertas de la muerte cuando oyó una Voz que le decía: «¡Oh tú, que te hallas en la senda del error, abre tus ojos a la Verdad! Sigue el ejemplo del tigre y deja ya de imitar al pobre zorro mutilado»<sup>10</sup>.

10. DE MELLO, *Canto del Pájaro*, Santander, Sal Terrae, 1982, 106.



A esta fábula añade Anthony de Mello el siguiente comentario:

«Por la calle vi a una niña aterida y tiritando de frío dentro de su ligero vestidito y con pocas perspectivas de conseguir una comida decente. Me encolericé y le dije a Dios: «¿Por qué permites estas cosas? ¿Por qué no haces nada para solucionarlo?». Durante un rato, Dios guardó silencio. Pero aquella noche, de improviso, me respondió: «Ciertamente que he hecho algo. Te he hecho a ti»<sup>11</sup>.

La naturaleza obedece a sus propias leyes y Dios no está manipulándolas para hacernos daño o para premiarnos; no hace estallar volcanes, ni manda enfermedades. Dios creó el mundo y le dio unas leyes que el hombre ha ido estudiando y aprendiendo a manejar; pero todavía no controlamos del todo esas fuerzas naturales. Donde sí puede intervenir Dios, pero siempre por las buenas, es en nuestra libertad. Desde allí puede cambiar las cosas, puede abrir caminos, puede transformar las realidades.

Mirar la vida con fe es estar convencidos de que Dios trabaja en la historia y puede intervenir en la medida en que nosotros se lo permitimos; parece mentira, pero es así; Dios nunca se impone; Dios propone y señala rumbos, pero nunca se impone; es como un padre que ha formado a su hijo y le da la libertad para que haga lo que vea que es mejor; Dios tiene fe en el hombre, aunque no siempre le respondemos bien.

### **3. Mirada múltiple:**

La realidad y la vida siempre tiene muchas maneras de mirarse; tendemos a mirarla con una actitud negativa y nos perdemos de la mitad de la realidad.

Cuentan que un día se subió a un bus un joven que venía sólo con un zapato; se sentó junto a una señora que quedó un poco impresionada; la señora, por romper el hielo le comentó al joven: «Veo que ha perdido usted un zapato»; a lo que el joven respondió, «No señora, encontré uno»<sup>12</sup>.

11. *Ibid.*, 107.

12. Tomado con algunas variaciones de ANTHONY DE MELLO, *La Oración de la Rana 1*, Santander, Sal Terrae, 121994, 46.

Es la gente que siempre ve que la botella está *medio vacía* y no ve que está *medio llena*. Toda afirmación sobre la vida es susceptible de ser transformada en una afirmación positiva; no se trata de verlo todo color de rosa, cuando se ve claro que las cosas están mal; pero sí se trata de ver por lo menos las dos caras de toda realidad; en una de ellas, muy seguramente vendrá una salida, una llamada, una pregunta, una esperanza... Heráclito (ca. 540-480 a.C.), uno de los filósofos griegos anteriores a Sócrates decía: «El camino de subida y de bajada es uno solo y el mismo».

Una sobrina me decía hace poco: «En casa, todos están contra mí»; yo le dije: ¿Por qué no piensas si tu no estás contra todos?

#### **4. Mirada atenta a los prejuicios:**

Esta actitud es muy difícil; no vemos las cosas como son sino lo que suponemos que debemos ver; estamos llenos de prejuicios y aplicamos nuestros esquemas para leer la realidad; es imposible desprenderse totalmente de todos los prejuicios, pero por lo menos vale la pena estar atentos a estos prejuicios. Un ejemplo de ello es este:

Un hombre se fue a jugar cartas un viernes santo y perdió todo lo que tenía; volvió a su casa totalmente deprimido y le contó a su mujer que había quedado sin un peso en el bolsillo. La mujer le dijo: «Eso te pasa por jugar en viernes santo; ¿no sabes que es pecado jugar en viernes santo? ¡Dios te castigó y bien merecido que lo tienes!» El hombre se volvió hacia su señora y con aire desafiante le dijo: «¿Y qué te piensa tu, que el que me ganó todo jugó en lunes de pascua o qué?»

Quién no ha pensado alguna vez que lo que le ha pasado de bueno o de malo tenía que ver con su comportamiento moral; quién no ha atribuido alguna vez un mal a su comportamiento anterior o un bien a sus buenas obras; Dios no está castigando y premiando a la gente por sus obras; los hombres y las mujeres nos ganamos los premios o los castigos solos. No podemos echarle la culpa a Dios de todos los males ni pensar que Dios nos está premiando por portarnos bien.

Hace unos años, cuando en un atentado casi matan a Ernesto Samper Pizano, que estaba saludando a un líder de izquierda que sí fue asesinado, él decía en unas declaraciones en el periódico que aunque se vio muy mal y estuvo varias semanas en la unidad de cuidados intensivos, siempre supo que no podía morir así; que el que era un hombre creyente y pacífico, sabía que no podía morir violentamente y que Dios no lo iba a dejar morir. A los pocos días salió un artículo de la esposa de Guillermo Cano, que había sido director de El Espectador, y que fue asesinado unos meses antes por sus críticas a las mafias del narcotráfico; la señora le preguntaba a Ernesto Samper: «Si lo que usted dice es cierto, entonces mi esposo, que murió asesinado violentamente, ¿era un hombre violento que merecía esa muerte?»

Y así podríamos poner muchos otros ejemplos; los que se salvan de la muerte al caer un avión y atribuyen el milagro a la medallita que llevaban o a la oración que hicieron; y los otros que llevaban la medallita y rezaron también su oración, ¿qué? El caso más claro es el mismo Jesús; el hombre más bueno que ha producido la tierra; el hombre más santo, el hombre que vivió en todo fielmente según la voluntad de Dios, ¿por qué murió como murió? Murió solo, abandonado de sus amigos, sintiéndose abandonado del mismo Dios...

### **5. *Mirada de Discernimiento:***

Mirar la vida con una actitud de discernimiento es saber distinguir una cosa de otra; la vida es como una gran pesca, en la que tenemos que separar lo que nos sirve de lo que no nos sirve, lo bueno de lo malo, lo que vemos como voluntad de Dios, de lo que no es voluntad de Dios; o lo que sencillamente no depende de Dios en términos inmediatos.

El criterio último del discernimiento del cristiano es Jesús. Con esto, pasamos a la segunda dimensión de la que vamos a hablar. Tenemos que juzgar la vida desde la Palabra de Dios; y la Palabra de Dios, es Jesús.



## Segunda Dimensión: Juzgarla desde la Palabra: El Hijo

### A. La Biblia y las gafas

Un teólogo carmelita, durante un curso de Biblia en un barrio popular de Bogotá hizo esta dinámica que ayudó mucho a la gente a entender el sentido de la lectura de la Palabra de Dios para los católicos. Estaba en medio de la comunidad y se quitó las gafas y comenzó a contar:

«Había una vez un señor que pertenecía a una comunidad; su nombre era Marcos; todas las semanas participaba de la reunión en la que hablaban de los problemas de la comunidad, leían la Biblia y rezaban juntos. Pero un buen día don Marcos, que ya tenía setenta y dos años, comenzó a saludar a la gente con otro nombre; a doña Belén la saludó como si fuera Angela; a Angela la confundió con Mariela; a Saulo lo confundió con Benjamín; a don José lo saludó como si fuera la señora Josefina.

Todos los que estaban presentes no corrigieron a don Marcos, sino que lo saludaban naturalmente, aunque todos sabían que se estaba equivocando. Algunos se quedaron después de la reunión y comentaron lo sucedido; llegaron a la conclusión que lo que le pasaba a don Marcos era que le estaba fallando la vista, de modo que decidieron hacer una colecta para llevar a don Marcos al médico para que le formulara unas gafas.

Así se hizo; doña Mercedes se encargó de recoger la colaboración de todos y le dijo en privado a don Marcos que fuera al médico; a los quince días llegó don Marcos otra vez a la reunión con las gafas en las manos y mostrándole a todo el mundo sus nuevas gafas; pero, evidentemente, como llevaba las gafas en las manos, volvió a confundir a todo el mundo; le decía a Carlos: «¡Mire don Saulo las gafas tan bonitas que me regalaron!»; y a doña Belén le dijo: «Cuánto les agradezco doña Josefina por estas gafas tan buenas que me han regalado entre todos! ¡Dios se lo ha de pagar!».

Algunas conclusiones a las que pudimos llegar en el curso fueron estas:



- Así pasa con la Biblia; la gente la recibe y está muy orgullosa de tenerla, pero no la utilizan para lo que es.
- La Biblia no es para mostrarla a los demás, sino para poder ver a los hermanos que tenemos al lado; es para reconocer los rostros concretos de los que participan de la comunidad; para reconocer a los que sufren junto a nosotros.
- La Biblia es como unas gafas que nos sirven para ver la realidad con los ojos de Dios; no es para quedarnos viéndola a ella sola y mostrándola orgullosamente a los demás para mostrarles que tenemos Biblia y que nos la sabemos de memoria.
- Los católicos utilizamos la Biblia como medio para reconocer la Palabra de Dios en la vida de nuestra comunidad, en la vida de la gente.
- Tener gafas y no colocárselas es como los que compran la Biblia y luego la colocan en un lugar bien bonito de la casa junto a un Crucifijo y a una imagen de la Virgen. Nunca la abren para leerla en grupo ni personalmente. Es como un adorno más en la casa.
- La Biblia es como unas gafas con las que podemos leer el primer libro que Dios escribió, el libro de la Vida, de la Historia, de los acontecimientos.

## **B. Algunas claves para leer la Biblia**

### **1. Lo que dice y lo que quiere decir**

Lo importante al leer la Biblia es estar atentos al mensaje de fondo que trae determinado pasaje; los regalos que recibimos siempre vienen envueltos en papeles que no son los importantes; hay gente que recibe un regalo, tira el contenido y guarda el papel. El mensaje de la Biblia viene *envuelto* en formas literarias muy diversas; no podemos quedarnos en la forma literaria, sino ir al contenido. Esto puede quedar más claro con la historia del Huevo de oro:

«Un pasaje de un texto sagrado:

Esto dice el Señor: Había una vez una gansa que ponía cada día un huevo de oro. La mujer del propietario de la gansa se deleitaba en las riquezas que aquellos huevos le procuraban. Pero era una mujer muy avariciosa y no podía soportar esperar pacientemente día tras





día para conseguir el huevo. De modo que decidió matar a la gansa y hacerse con todos los huevos de una vez. Y así lo hizo: mató a la gansa y lo único que consiguió fue un huevo a medio formar y una gansa muerta que ya no podía poner más huevos.

¡Hasta aquí la palabra de Dios!

Un ateo oyó este relato y se burló: «¿Esto es lo que llamáis palabra de Dios? ¿Una gansa que pone huevos de oro? Eso, lo único que demuestra es el crédito que podéis dar a eso que llamáis 'Dios'...».

*Quando leyó el texto un sujeto versado en asuntos religiosos, reaccionó de la siguiente manera: «El Señor nos dice claramente que hubo una gansa que ponía huevos de oro. Y si el Señor lo dice, tiene que ser cierto, por muy absurdo que pueda parecer a nuestras pobres mentes humanas. De hecho, los estudios arqueológicos nos proporcionan algunos vagos indicios de que, en algún momento de la historia antigua, existió realmente una misteriosa gansa que ponía huevos de oro. Ahora bien, preguntaré, y con razón, cómo puede un huevo, sin dejar de ser huevo, ser al mismo tiempo de oro. Naturalmente que no hay respuesta para ello. Diversas escuelas de pensamiento religioso intentan explicarlo de distintos modos. Pero lo que se requiere, en último término, es un acto de fe en este misterio que desconcierta a la mente humana».*

Hubo incluso un predicador que después de leer el texto, anduvo viajando por pueblos y ciudades, urgiendo celosamente a la gente a aceptar el hecho de que Dios había creado huevos de oro en un determinado momento de la historia.

Pero ¿no habría empleado mejor su tiempo si se hubiera dedicado a enseñar las funestas consecuencias de la avaricia, en lugar de fomentar la creencia en los huevos de oro? Porque ¿no es acaso infinitamente menos importante decir «Señor, Señor!», que hacer la voluntad de nuestro Padre de los cielos?»<sup>13</sup>.

Es fundamental, al acercarnos a la Biblia, tener muy claro que la verdad que se nos revela allí, es una verdad de sentido, una

13. DE MELLO, *Canto del Pájaro*, Santander, Sal Terrae, 1982, 149-150.



verdad teológica, y no una verdad científica. Esto no quiere decir que lo que nos revela la Biblia sea mentira; es una verdad distinta y que supone una lectura crítica; el Concilio Vaticano II nos decía en la Constitución dogmática *Dei Verbum*:

«Dios habla en la Escritura por medio de hombres y en lenguaje humano, por lo tanto, el intérprete de la Escritura, para conocer lo que Dios quiso comunicarnos, debe estudiar con atención lo que los autores querían decir y Dios quería dar a conocer con dichas palabras.

Para descubrir la intención del autor, hay que tener en cuenta, entre otras cosas, *los géneros literarios*. Pues la verdad se presenta y se enuncia de modo diverso en obras de diversa índole histórica, en libros proféticos o poéticos, o en otros géneros literarios»<sup>14</sup>.

Los géneros utilizados en la Biblia, pues, nos deben ayudar a interpretar lo que querían decir los autores y lo que Dios mismo nos quería revelar con sus palabras. No es lo mismo un texto poético, que un texto histórico, o una parábola, o una comparación.

En nuestra vida ordinaria sabemos distinguir distintos géneros y sabemos darle el valor que merecen, sin rechazar nada de lo aprendemos de ellos. Sabemos distinguir lo que leemos en un artículo de periódico, o en un libro de geografía, o en una novela, etc. En conclusión, pues, no debemos estar tan atentos y apegados a lo que *dicen* los autores, sino a lo que *querían decir*, de acuerdo al género literario que utilizan.

## **2. Los dos sentidos de la palabra**

Las palabras pueden ser portadoras de unas ideas o reveladoras de una persona. Generalmente estamos más atentos a una cosa o a la otra; le damos prioridad a uno de los dos mensajes; esto es lo que hace la diferencia entre una conferencia y una conversación. En la primera, lo que nos interesa es lo que dice la persona, sus ideas, sus

14. Concilio Vaticano II, Constitución Dogmática sobre la Divina Revelación (*Dei Verbum*), n. 12.



planteamientos, la lógica de sus argumentos; en la conversación no interesan tanto las ideas, y la lógica, sino la persona que tenemos delante y que se nos revela a través de lo que dice.

Junto a la conferencia, podríamos colocar también un libro, un texto escolar, un discurso, un artículo de periódico, un artículo científico, etc. La actitud aquí es de atención a las ideas y en un segundo plano coloco a la persona que lo haya escrito. Por otra parte, cuando leo una carta de un ser querido, un diario íntimo, un testimonio de vida, etc., la atención se centra en la persona que habla, escribe, se revela a través de lo que dice. Lo que dice me interesa, pero tanto en cuanto me revela a la persona. La primera actitud se acerca a la palabra en busca de ALGO, mientras que la segunda actitud se acerca a la palabra en busca de ALGUIEN.

Estos dos sentidos de la palabra humana, los podemos encontrar también en la Biblia, en la Palabra de Dios. Especialmente en el Evangelio, podemos leerlo con una actitud del que se acerca a unas ideas, o del que se acerca a una persona. La primera actitud es la del estudioso de la Biblia, el exégeta que trata de entender lo que se dice y por qué se dice. La segunda actitud es la del que se acerca a la Palabra de Dios en busca de una persona que se le revela en ella.

Cuando leamos el Evangelio, pues, no vayamos con la actitud del que va a un texto escolar, del que busca normas, ideas, lógica; vayamos al encuentro de ALGUIEN; y veamos cómo ese alguien se nos revela en lo que dice el texto; ¿cuáles son los sentimientos, las actitudes de Jesús? Su vida ilumina mi vida, pero no me da normas fijas para seguir; Jesús no me quita la responsabilidad de inventar *mi* propia respuesta ante lo que tengo delante.

Por esto mismo, no hay que ir al Evangelio con la pregunta de ¿qué se manda?; ¿qué se condena?; ¿qué dice que tengo que hacer? Más bien se puede preguntar ¿qué hace Jesús? ¿Cómo reacciona Jesús? ¿qué actitudes tiene ante determinada situación? ¿qué siente Jesús?; y luego si puedo preguntarme, ¿cómo este comportamiento, sentimiento, actitud, reacción de Jesús ilumina mi vida hoy? ¿Qué haría Jesús en este caso en el que yo estoy?



Cuentan que una vez un párroco tuvo que dejar su parroquia por unos días y dejó a su vicario al frente de la parroquia; al llegar del viaje, el párroco preguntó al vicario qué cosas especiales habían pasado; el vicario le dijo: «No hubo nada especial; solamente un día, en la misa de siete, llegó una persona que se que es protestante y participó en la misa; estaba pendiente de lo que hacía en toda la celebración y no hubo nada raro en su actitud; pero en el momento de la comunión, vi que esta persona se puso en la fila para comulgar y poco a poco se iba acercando; de modo que yo me pregunté a mí mismo, ¿qué haría Jesús en una situación similar?» En ese momento el párroco lo interrumpió con una exclamación de asombro: «¡No me digas que hiciste eso!»

### **3. Leer los textos en su contexto**

Muchas veces perdemos el sentido de los textos que leemos, porque los leemos separados de su contexto; un ejemplo típico de esto, me parece que puede descubrirse en la siguiente historia:

«El comandante en jefe de las fuerzas de ocupación le dijo al alcalde de la aldea: «Tenemos la absoluta certeza de que ocultan ustedes a un traidor en la aldea. De modo que si no nos lo entregan, vamos a hacerles la vida imposible, a usted y a toda su gente, por todos los medios a nuestro alcance».

En realidad, la aldea ocultaba a un hombre que parecía ser bueno e inocente y a quien todos querían. Pero ¿qué podía hacer el alcalde, ahora que se veía amenazado el bienestar de toda la aldea? Días enteros de discusiones en el Consejo de la aldea no llevaron a ninguna solución. De modo que, en última instancia, el alcalde planteó el asunto al cura del pueblo. El cura y el alcalde se pasaron toda una noche buscando en las Escrituras y, al fin, apareció la solución. Había un texto en las Escrituras que decía: «Es mejor que muera uno solo por el pueblo y no que perezca toda la nación».

De forma que el alcalde decidió entregar al inocente a las fuerzas de ocupación, si bien antes le pidió que le perdonara. El hombre le dijo que no había nada que perdonar, que él no deseaba poner a la aldea en peligro. Fue cruelmente torturado hasta el punto de que sus gritos pudieron ser oídos por todos los habitantes de la aldea. Por fin fue ejecutado.



Veinte años después pasó un profeta por la aldea, fue directamente al alcalde y le dijo: «¿Qué hiciste? Aquel hombre estaba destinado por Dios a ser el salvador de este país. Y tú le entregaste para ser torturado y muerto».

«Y qué podía hacer yo?», alegó el alcalde. «El cura y yo estuvimos mirando las Escrituras y actuamos en consecuencia».

«Ese fue vuestro error», dijo el profeta. «Mirasteis las Escrituras, pero deberíais haber mirado a sus ojos»<sup>15</sup>.

Si recuerdan, este pasaje está en el Evangelio de Juan; son las palabras de Caifás, el Sumo Sacerdote. Cuando el Sanedrín está discutiendo lo que deben hacer ante Jesús, después de la resurrección de Lázaro, Caifás pronuncia estas palabras que son la sentencia de muerte de Jesús (Juan 11,50). No basta, pues, encontrar LA respuesta a nuestros interrogantes; es fundamental leer todo el pasaje, todo el texto y si es necesario el capítulo o el libro entero, para entender una frase. Cuando sacamos las frases de su contexto, es muy fácil que nos engañemos.

Es conocida la queja de personas que son entrevistadas para algún periódico o revista y que se quejan porque han colocado frases que efectivamente dijeron, pero son presentadas sin el contexto de la conversación, de la pregunta, etc.

Pero aquí no aparece sólo la necesidad del contexto; aparece también la necesidad de leer primero la situación en la que estamos; ya hemos dicho que el Evangelio, o la Biblia no es una fuente infinita de fórmulas para aplicar inmediatamente a la vida; es fundamental *mirar a los ojos* del que tenemos al frente; mirar a los ojos de la misma realidad a la que queremos responder y ante la cual tenemos que reaccionar.

Cuando Jesús está hablando del amor a los enemigos y la forma de ayudarles a que cambien dice: «(...) al que te abofetee en la mejilla

---

15 DE MELLO, *Canto del Pájaro*, Santander, Sal Terrae, 1982, 66-67.



derecha, ofrécele también la otra» (Mateo 5,39); sin embargo esto no es una norma para aplicar directamente sobre toda realidad; Jesús está hablando de no resistir al mal con mal; invita a vencer el mal con el bien, vencer el odio con amor... Cada uno tiene que ver cómo, de acuerdo a sus circunstancias y SU situación, tiene que responder.

El Evangelio de Juan nos cuenta cómo, cuando Jesús estaba siendo juzgado por el Sanedrín, el Sumo Sacerdote le pregunta sobre sus discípulos y su doctrina; Jesús le respondió que siempre había hablado en público, y que no había dicho nada en secreto, que le preguntara a los que lo habían oído... «Apenas dijo esto, uno de los guardias que allí estaba, dio una bofetada a Jesús, diciendo: «¿Así contestas al Sumo Sacerdote?» Jesús le respondió: «Si he hablado mal, declara lo que está mal; pero si he hablado bien, ¿por qué me pegas?» (Juan 18,22-23). Es una reacción distinta, en una situación similar a la de la frase de la que estamos hablando; ¿será que Jesús se contradice? ¿será que Jesús no es coherente con lo que dice? ¿será que Jesús *predica pero no aplica*, como decimos tanto de muchas personas?

El principio sigue igual: *No responder al mal con mal; vencer el mal a fuerza de bien*; eso no significa que en cada situación tenemos que inventarnos una respuesta nueva, que sea coherente con el principio, pero no que reproduzca una *fórmula*. Si esto no fuera así, ¿qué haríamos con afirmaciones como las siguientes?:

«Si pues, tu mano o tu pie te es ocasión de pecado, córtatelo y arrójalo de ti; más te vale entrar en la Vida manco o cojo que con las dos manos o los dos pies, ser arrojado en el fuego eterno. Y si tu ojo te es ocasión de pecado, sácatelo y arrójalo de ti; más te vale entrar en la Vida con un solo ojo que, con los dos ojos, ser arrojado a la gehenna del fuego» (Mateo 18,8-9).

Por tanto, tenemos que tener en cuenta que el Evangelio no es para aplicarse sin más; no se trata de una lista de normas, fórmulas, recetas... Es una vida que nos puede inspirar e ilumina nuestra propia vida, pero no nos exime de buscar nuestras propias respuestas a nuestras propias circunstancias...



#### 4. **Leer la Biblia en Comunidad**

Esta última recomendación se conecta con la siguiente dimensión que vamos a tratar; es claro que cuatro ojos ven más que dos... La clave de las Comunidades Eclesiales de Base, en América Latina, y de las primeras comunidades cristianas, es el hecho de que no se asume el seguimiento de Jesús como una cuestión personal, privada, individual... Y como el seguimiento de Jesús, tampoco la lectura y la comprensión de la Palabra de Dios.

La gran mayoría de los textos bíblicos fueron escritos para comunidades, para asambleas litúrgicas; no son escritos, a excepción de algunas cartas del NT, para un solo destinatario; se escribieron pensando en comunidades de creyentes que se reunían para celebrar la vida y la fe. De hecho, casi siempre que leemos la biblia lo hacemos en asambleas litúrgicas; sin embargo, el espacio para la participación en el proceso de lectura e interpretación de la Palabra de Dios se ha concentrado en unos cuantos: los sacerdotes; y ni siquiera los mismos sacerdotes utilizamos la Palabra de Dios como inspiración de nuestras predicaciones, sino que recurrimos a otras fuentes más o menos inspiradoras.

El ideal, pues, es que una comunidad de no más de quince o veinte personas, se pudiera reunir para leer un libro de la Biblia, y comentarlo, dejando que diga algo a la misma vida de la comunidad. En el momento en el que unimos la *Vida* con la *Palabra de Dios*, se ilumina la vida de la *comunidad*. Suele compararse con un bombillo que une dos pequeños cables a través de una resistencia y generan luz. A esto es a lo que llamamos: *Construir en el Espíritu*.

### **Tercera Dimensión: Construir la Comunidad: El Espíritu**

#### **A. Un Cuerpo para el Espíritu**

No basta *mirar la vida* (primera dimensión) y *juzgarla desde la Palabra* (segunda dimensión); es fundamental pasar a la acción (tercera dimensión); siguiendo la dinámica de la Revisión de Vida y la dinámica que está a la base de la Teología de la Liberación, tenemos que dar un paso más.



«No todo el que diga: 'Señor, Señor', entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial» (...) «Así pues, todo el que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica, será como el hombre prudente que edificó su casa sobre roca: cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, y embistieron contra aquella casa; pero ella no cayó, porque estaba cimentada sobre la roca. Y todo el que oiga estas palabras mías y no las ponga en práctica, será como el hombre insensato que edificó su casa sobre arena: cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, irrumpieron contra aquella casa y cayó, y fue grande su ruina» (Mt.7,21.24-26).

La tercera dimensión, pues, es un paso hacia la acción; y la acción típica que se desprende de las dos dimensiones anteriores, es la construcción de la comunidad; esta es la acción típica del Espíritu Santo. El texto más claro de todo el NT que se refiere a este proceso de construcción de la comunidad cristiana lo trae Pablo en su primera carta a los Corintios:

«Pues del mismo modo que el cuerpo es uno, aunque tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, no obstante su pluralidad, no forman más que un solo cuerpo, así también Cristo. Porque en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo, judíos y griegos, esclavos y libres. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu.

También el cuerpo no se compone de un solo miembro, sino de muchos. Si dijera el pie: «Puesto que no soy mano, yo no soy del cuerpo» ¿dejaría de ser parte del cuerpo por eso? Y si el oído dijera: «Puesto que no soy ojo, no soy del cuerpo» ¿dejaría de ser parte del cuerpo por eso? Si todo el cuerpo fuera ojo ¿dónde quedaría el oído? Y si fuera todo oído ¿dónde el olfato?

Ahora bien, Dios puso cada uno de los miembros en el cuerpo según su voluntad. Si todo fuera un solo miembro ¿dónde quedaría el cuerpo? Ahora bien, muchos son los miembros, mas uno el cuerpo. Y no puede el ojo decir a la mano: «¡No te necesito!» Ni la cabeza a los pies: «¡No os necesito!»





Más bien los miembros del cuerpo que tenemos por más débiles, son indispensables. Y a los que nos parecen los más viles del cuerpo, los rodeamos de mayor honor. Así a nuestras partes deshonestas las vestimos con mayor honestidad. Pues nuestras partes honestas no lo necesitan. Dios ha formado el cuerpo dando más honor a los miembros que carecían de él, para que no hubiera división alguna en el cuerpo, sino que todos los miembros se preocuparan lo mismo los unos de los otros. Si sufre un miembro, todos los demás sufren con él. Si un miembro es honrado, todos los demás toman parte de su gozo.

Ahora bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y sus miembros cada uno por su parte. Y así los puso Dios en la Iglesia, primeramente como apóstoles; en segundo lugar como profetas; en tercer lugar como maestros; luego, los milagros; luego, el don de las curaciones, de asistencia, de gobierno, diversidad de lenguas. ¿Acaso todos son apóstoles? O ¿todos profetas? ¿Todos maestros? ¿Todos con poder de milagros? ¿Todos con carisma de curaciones? ¿Hablan todos lenguas? ¿Interpretan todos?» (1 Corintios 12,12-30).

Según este texto, el cuerpo es uno (12,12.13.20); tiene muchos miembros (12,12.14. 18.20); los miembros son diversos (12,13.15.16.17. 28.29); los miembros están distribuidos según la voluntad de Dios (12,18.28); los distintos miembros se necesitan unos a otros (12,21); los miembros más débiles son indispensables (12,22); los miembros que nos parecen más viles, los rodeamos de mayor honor (12,23); hay solidaridad entre los miembros, en el sufrimiento y en el gozo (12,26).

A partir de estas características, vamos a desarrollar algunas de las consecuencias que se siguen para la construcción de una comunidad cristiana.

## **B. La unidad en la diversidad**

El cristiano, en cuanto individualidad y también en cuanto referido a una comunidad particular, hace parte de un todo más amplio que es el Cuerpo vivo del Señor Resucitado en la historia; esto supone que no es autosuficiente en su existencia, sino que vive



en cuanto se abre a una comunión más amplia con otros creyentes. De esta doctrina del Cuerpo de Cristo, se desprendería una eclesiología que difiere de otras que aparecen en el mismo Nuevo Testamento. La Iglesia, la comunidad de los creyentes, forman, pues, el Cuerpo del Señor resucitado en la Historia.

Esta necesaria comunión con otros es una exigencia irrenunciable, porque «así como nuestro cuerpo, en su unidad, posee muchos miembros, y no desempeñan todos los miembros la misma función, así también nosotros, siendo muchos, no formamos más que un solo cuerpo en Cristo, siendo cada uno por su parte los unos miembros de los otros» (Romanos 12, 4-5).

En la Iglesia, Cuerpo de Cristo, ningún miembro se basta a sí mismo; ningún miembro puede despreciar a los otros ni considerarlos fuera del cuerpo: «Y no puede el ojo decir a la mano: «No te necesito!» Ni la cabeza a los pies: «No os necesito!» (1 Corintios 12,21). La comunión se da en un movimiento recíproco de reconocimiento; esta comunión supone que los distintos miembros no desempeñamos todos la misma función y que no hay unos miembros más importantes que otros.

Aparece en este texto una fundamentación clara de los distintos ministerios que existen en la comunidad cristiana; todos nos necesitamos mutuamente en la construcción de la comunidad; una Iglesia que se construya desde esta conciencia será una Iglesia que acoja a todos sus miembros en su diversidad reconociendo el valor que tiene su propio servicio y su propio ser.

La comunión exige, pues, el mutuo respeto de los miembros en su especificidad; cada uno debe cumplir su función dentro del cuerpo sin despreciar el papel que los otros cumplen; papeles distintos, pero todos necesarios: «Ahora bien, Dios puso cada uno de los miembros en el cuerpo según su voluntad. Si todos fueran un solo miembro ¿dónde estaría el cuerpo? Ahora bien, muchos son los miembros, mas uno el cuerpo.» (1 Corintios 12,18-20). Unos y otros son necesarios para construir la comunión. La cabeza necesita de los pies y los pies de la cabeza.



La concepción de la Iglesia como un todo vivo en movimiento que supone respeto de los carismas y la dimensión institucional y carismática en contraposición sana y madura, hace que se haga necesaria la *corresponsabilidad*, deber y derecho de todos los cristianos. El Espíritu vive y habla desde todos y cada uno de sus miembros: «en los movimientos comunitarios cristianos también está el Espíritu señalando pistas a la Iglesia; ahí también debe ser escuchado y obedecido»<sup>16</sup>.

A partir de esta característica descrita por San Pablo, tendríamos que reformular la comunión eclesial:

«una reformulación en el estilo de la comunión de todos. Junto al obispo debe contar y valer también el cantante; al lado del sacerdote, el animador laico de un grupo; junto al religioso, el labrador; al lado del pobre querido por Dios por ser pobre, no tanto por ser bueno, el rico convertido a la causa de la justicia. En la Iglesia-toda-Pueblo de Dios, rige una fraternidad evangélica que se expresa en la complementariedad de las funciones y en la superación de la rígida división eclesiástica del trabajo; nadie tiene el monopolio de enseñar, sino que todos aprenden uno de otro, siendo discípulos del único Maestro, Jesús (Cf. Mt. 23, 10)»<sup>17</sup>.

La unidad, pues no es ya *uniformismo*, sino que se presenta como una nueva forma de relación entre diversos miembros que tienen funciones y características distintas, pero todas ellas necesarias e importantes para la construcción del cuerpo del Señor en la historia. Esto nos lleva a desarrollar una reflexión en torno al pluralismo que surge de esta nueva manera de entender la unidad.

### C. La pluralidad

A partir del texto que estamos estudiando, tenemos que reconocer que la diversidad de miembros no es un obstáculo para la unidad; esta *diversidad* es más bien una condición de la comunión; «Si todo fuera un solo miembro ¿dónde quedaría el cuerpo?» (1 Corintios 12,19).

16 Luis Hernández Mart, Hacia un discernimiento de la jerarquía sobre los movimientos comunitarios de base?: *Diakonía* 19 (1981) 52.

17. Leonardo Boff, *Y la Iglesia se Hizo Pueblo*, Bogotá, Paulinas, 1987, 98-99.



Sin embargo, es muy importante que la apertura a la pluralidad no nos termine llevando por caminos que no construyen la *comuni3n* en el Cuerpo del Se1or:

«El pluralismo, como realidad enriquecedora de la comuni3n, es, pues, importante. Pero un pluralismo que, sutil o burdamente, oscureciera lo que es absolutamente claro para la fe cristiana, que justificase ese encubrimiento en nombre de la diversidad de situaciones, culturas y teologías, no lograr3 la comuni3n eclesial «cristiana»<sup>18</sup>.

Hay cosas que no admiten diferentes interpretaciones y la diversidad de opiniones o pr3cticas sobre determinados puntos fundamentales, puede resultar encubridoras en lugar de enriquecedoras.

¿Cu3l es, entonces, el criterio que permite reconocer el pluralismo sano del pluralismo encubridor? ¿C3mo llegar a discernir la diversidad que construye la comuni3n y la diversidad que favorece el individualismo? La respuesta la podemos encontrar en los versículos finales del texto que estamos estudiando.

#### **D. La comuni3n alrededor de los m3s d3biles**

En el Cuerpo del Se1or, los m3s d3biles deben ser tratados con especial cuidado: «M3s bien los miembros del cuerpo que tenemos por m3s d3biles, son indispensables, y a los que nos parecen m3s viles del cuerpo, los rodeamos de mayor honor. As3 a nuestras partes deshonestas las vestimos con mayor honestidad. Pues nuestras partes honestas no lo necesitan. Dios ha formado el cuerpo dando m3s honor a los miembros que carecen de 3l, para que no hubiera divisi3n alguna en el cuerpo, sino que todos los miembros se preocuparan lo mismo los unos de los otros. Si sufre un miembro, todos los dem3s sufren con 3l. Si un miembro es honrado, todos los dem3s toman parte en su gozo» (1 Corintios 12, 22-26).

Los miembros que tenemos por m3s d3biles, los que parecen m3s viles, las partes m3s deshonestas, son las que han recibido, por la voluntad de Dios, un cuidado mayor; es alrededor de estos miem-

18. Jon Sobrino, *Comuni3n, conflicto y solidaridad eclesial: *Mysterium Liberationis**, t.II, Madrid, Trotta, 1990, 234.



bros, ya pasando el símil de la Iglesia como Cuerpo del Señor, como debe construirse la comunión a la que invita Pablo:

«Cuál es entonces el centro real de la Iglesia universal que genera comunión porque atrae o tiene capacidad de atraer cristianamente a las demás iglesias locales? Ya lo hemos dicho; ese centro es movable. Hoy es la Iglesia de los pobres, iglesias prácticamente todas ellas en el Tercer Mundo. Eso es así de hecho y debiera serlo de derecho. Pero lo es precisamente –y esto hay que recalcarlo– porque la comunión que busca prioritariamente esa Iglesia de los pobres no es hacia dentro de ella misma y de las demás iglesias, sino la comunión con un mundo de pueblos crucificados»<sup>19</sup>.

Este texto de Jon Sobrino, en el que se describe a la Iglesia de los pobres, como el centro aglutinador de toda la Iglesia, nos recuerda también que en todas las comunidades cristianas locales, hay miembros más *débiles* que deben constituirse en centro de la comunión de las iglesias. Los pobres, los marginados, los que sufren, los que lloran, los que han sido declarados malditos por nuestra sociedad, deben seguir siendo, como en las primeras comunidades, y sobre todo, como lo fue en la práctica de Jesús de Nazaret, el centro de nuestra comunión. Es alrededor de estos sacramentos de la presencia de Dios en los que se nos revela de una manera más clara la llamada a vivir construyendo el Cuerpo del Señor en la historia.

Sólo así, la Iglesia podrá, efectivamente, seguir siendo *sacramento universal de salvación* para todo el mundo; ser fieles a esta propuesta paulina de comunión en el Cuerpo del Señor, supone que la Iglesia dejará de lado otros esquemas organizacionales que reproducen, con demasiada frecuencia, las estructuras verticales y poco cristianas de nuestras sociedades: «Sabéis que los jefes de las naciones las dominan como señores absolutos, y los grandes las oprimen con su poder. No ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será vuestro esclavo; de la misma manera que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos» (Mateo 20,25b-28).

19. *Ibid.*, 235.



## A modo de conclusión

### A. El camino de Emaús

Para concluir este artículo, quisiera presentar una reflexión en torno a un pasaje muy leído entre nosotros, que me parece que refleja claramente estas tres dimensiones fundamentales de una Espiritualidad trinitaria; es el pasaje de los discípulos de Emaús, que nos presenta Lucas al final de su Evangelio:

«Aquel mismo día iban dos de ellos a un pueblo llamado Emaús, que distaba sesenta estadios de Jerusalén, y **conversaban entre sí sobre todo lo que había pasado**. Y sucedió que, mientras ellos conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó y siguió con ellos; pero sus ojos estaban retenidos para que no le conocieran. El les dijo: **«¿De qué discutís entre vosotros mientras vais andando?»** Ellos se pararon con aire entristecido. Uno de ellos llamado Cleofás le respondió: «¿Eres tú el único residente en Jerusalén que no sabe las cosas que estos días han pasado en ella?» El les dijo: «¿Qué cosas?» Ellos le dijeron: «Lo de Jesús el Nazoreo, que fue un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo; cómo nuestros sumos sacerdotes y magistrados le condenaron a muerte y le crucificaron. Nosotros esperábamos que sería él el que iba a librar a Israel; pero, con todas estas cosas, llevamos ya tres días desde que esto pasó. El caso es que algunas mujeres de las nuestras nos han sobresaltado, porque fueron de madrugada al sepulcro, y, al no hallar su cuerpo, vinieron diciendo que hasta habían visto una aparición de ángeles, que decían que él vivía. Fueron también algunos de los nuestros al sepulcro y lo hallaron tal como las mujeres habían dicho, pero a él no le vieron.» El les dijo: «Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?» Y, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, **les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras**. Al acercarse al pueblo a donde iban, él hizo ademán de seguir adelante. Pero ellos le forzaron diciéndole: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado.» Y entró a quedarse con ellos. Y sucedió que, cuando se puso a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se



lo iba dando. Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron, pero él desapareció de su lado. Se dijeron uno a otro: «¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?» **Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén y encontraron reunidos a los Once y a los que estaban con ellos**, que decían: «¿Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!» Ellos, por su parte, contaron lo que había pasado en el camino y cómo le habían conocido en la fracción del pan» (Lucas 24, 13-35).

### 1. *Mirar la Vida*

Este pasaje, claramente catequético, tiene una estructura eucarística; la eucaristía también sigue, más o menos, la dinámica que venimos explicando. Dos discípulos de Jesús, después de su muerte en la cruz, van de camino «*conversando entre sí sobre todo lo que había pasado*». El Señor se acerca y se une al camino que llevan ellos sin que ellos lo reconozcan; hablan de la primera dimensión; están mirando sus vidas y lo que ha pasado entre ellos; Jesús se interesa por su conversación y poco a poco les va escuchando.

### 2. *Juzgar desde la Palabra*

Una vez Jesús ha escuchado *lo que ha pasado*, comienza a iluminar esa realidad con las Escrituras: «Y, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, *les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras*». Después ellos mismos van a reconocer que al escuchar estas explicaciones les ardía el corazón. Al llegar al pueblo, Jesús hace como si fuera a seguir su camino, pero ellos lo invitan a entrar, le piden que se quede con ellos: «*Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado*». Aparece aquí la atención que dan al *peregrino*, al forastero, al que no es de la comunidad, pero puede recibir algo de ellos; la sorpresa es que este *compartir* con el débil es también enriquecedor para ellos; se sientan a la mesa y al partir el pan, símbolo claro de una vida de comunidad abierta a los más sencillos, reconocen que es el mismo Jesús el que está delante de ellos.



### **3. Construir en el Espíritu**

La sorpresa que se lleva uno, cuando lee este texto sin muchos prejuicios, es que a pesar de que la tarde había caído y ya no sólo estaba declinando el día, sino que ya había entrado la noche, no tienen el menor reparo en salir inmediatamente hacia Jerusalén al encuentro de los doce; sienten la imperiosa necesidad de anunciar lo que han recibido y, al mismo tiempo, la imperiosa necesidad de *construir la comunidad en el Espíritu del Resucitado* que acaban de experimentar partiendo con ellos el pan.

## **B. La Dinámica de la Vida de Dios**

Esta dinámica que va de la Vida a la Palabra y de ésta a la Construcción de la Comunidad, es la dinámica de la vida de Dios:

### **1. Dios Padre de la Vida**

*Dios Padre*, fuente de la vida, creador del cielo y de la tierra; es el artífice de toda la realidad; la está creando y está tratando de salvarla constantemente. El Dios Padre de la Vida es el que se revela en la historia, en la realidad, en los acontecimientos de nuestra vida. Dios Padre, el que nunca descansa; el que siempre está trabajando y revelándose a todos a través de la Creación entera.

### **2. La Palabra hecha Carne**

*Dios Hijo*, la Palabra hecha carne, es el que ha hecho posible que conozcamos plenamente el proyecto de Dios sobre los hombres y sobre toda la creación. La Palabra de Dios, encarnada es Jesús de Nazaret, completamente dócil a la acción del Padre y que nos revela el rostro de Dios plenamente. Jesús, el hijo de María, el carpintero de Nazaret, fue un hombre de su tiempo. Como muy bien lo afirma el Concilio, Jesús «trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obra con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre»<sup>20</sup>.

20. Concilio Vaticano II, Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, n° 22.5 Cfr. JÜRGEN MOLTMANN, *La Iglesia, Fuerza del Espíritu* (Verdad e Imagen 51), Salamanca, Sígueme, 1978, 79.





Sin embargo, su característica más típica es que vivió una apertura fundamental a la voluntad de su Padre Dios, que le llevó a *conformarse* de tal modo a él, que para sus amigos más cercanos y para nosotros, desde la fe, llega a ser uno con El: «Yo y el Padre somos uno» (Juan 10,30); esta afirmación de identidad llega a su expresión más plena en la respuesta que pone Juan en labios de Jesús ante la petición de Felipe: «Señor, muéstranos al Padre y nos basta» (Juan 14,8), a lo que responde Jesús: «¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me conoces Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Juan 14,9).

Jesús ofrece, pues, un espacio de humanidad totalmente disponible y totalmente abierto al amor misericordioso de Dios Padre. Es precisamente en esta humanidad de Jesús, que se hace totalmente obediente a la voluntad del Padre, donde se nos revela la divinidad de Jesús. Jesús, verdadero hombre –igual a nosotros en todo, menos en el pecado–, es verdadero Dios. Su obediencia plena a la voluntad del Padre, es lo que lo convierte –en palabras de la Carta a los Hebreos– en «causa de salvación eterna para todos los que le obedecen» (Hebreos 5,9).

De tal manera Jesús se *conformó* con la voluntad del Padre, de tal manera Dios Padre *conformó* a Jesús con su voluntad, que la persona humana de Jesús, desde su límite, se hizo transparencia plena de Dios, «resplandor de su gloria e impronta de su sustancia» (Hebreos 1,3). Se hizo «Imagen de Dios invisible, Primogénito de toda la creación» (Colosenses 1,15).

Su obediencia llegó hasta la muerte y muerte de cruz: «Por lo cual Dios lo exaltó y le otorgó el Nombre que está sobre todo nombre. Para que al nombre de Jesús *toda rodilla se doble* en los cielos, en la tierra y en los abismos, *y toda lengua confiese* que Cristo Jesús es SEÑOR para gloria de Dios Padre» (Filipenses 2,9-11). La divinidad de Jesús es la plena obediencia a la voluntad del Padre; esta obediencia es la que lo constituye en causa de salvación; con otras palabras lo afirma San Pablo en la carta a los Romanos: «En efecto, así como por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos» (Romanos 5,19).



Todos los hombres hemos recibido una misma vocación, una misma llamada, con Jesús, a participar de la vida de Dios como hijos: «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo; por cuanto nos ha elegido en él antes de la fundación del mundo, para ser santos e inmaculados en sus presencia, en el amor; eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia con la que nos agració en el Amado». (Efesios 1,3-6).

### **3. *El Espíritu que construye la Comunidad***

*Dios Espíritu Santo*, es el que impulsa la historia hacia la plenitud; es el Espíritu de Dios Padre y de Dios Hijo; la fuerza creadora de la Historia que empuja todo hacia la consumación final. Su actividad más típica, como ya hemos dicho, es la construcción de las personas en comunidad. En el libro de los Hechos de Apóstoles, se ve claramente su acción en la construcción de la Iglesia naciente y sigue presente hoy entre nosotros.

La dinámica de esta Espiritualidad trinitaria, es la dinámica propia de la vida de Dios. En la medida en que nos dejemos llevar por esta fuerza histórica, iremos caminando hacia la construcción del Reino de Dios entre nosotros. La Primera Carta de San Juan nos recuerda que, «ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es» (1 Juan 3,2). Y esta es nuestra fe, esta es la fe de la Iglesia, que nos gloriamos de profesar en Cristo Jesús, Señor Nuestro.